

AGUA, PODER, SOCIABILIDAD Y DESIGUALDADES DE GÉNERO EN LAS FUENTES PÚBLICAS DE LAS VILLAS ALAVESAS (1450-1550)

José Rodríguez Fernández

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea.

INTRODUCCIÓN: LA CIUDAD Y LO URBANO

Para individualizar analíticamente la ciudad y resaltar sus diferencias con el mundo aldeano se han utilizado criterios morfológicos (presencia de recinto amurallado, urbanismo compacto, presencia de infraestructuras), demográficos (densidad superior al mundo rural), sociales (mayor complejidad), económicos (presencia de mercados o ferias, actividades artesanales), políticos (dominio sobre un alfoz determinado, presencia de poderes propios), jurídicos (marco administrativo y judicial diferenciado) o culturales. Existen numerosas excepciones y variantes y por ello resulta difícil establecer umbrales y criterios universales pero, en todo caso, la mayor concentración de población y el dinamismo de comportamientos económicos, sociales y políticos han convertido a sus pobladores en un magnífico laboratorio para el estudio histórico¹.

A su vez, la distinción entre materialidad y sociedad remite a una larga herencia clásica continuada, entre otros, por Isidoro de Sevilla: «la ciudad es una muchedumbre de personas unidas por vínculos de sociedad, y recibe este nombre por sus ciudadanos, es decir, por los habitantes mismos de la urbe. Con el nombre de urbe se designa la fábrica material de la ciudad, en tanto

1. GARCÍA FERNÁNDEZ, E., *Gobernar la ciudad en la Edad Media: oligarquías y elites urbanas en el País Vasco*, Vitoria-Gasteiz, Diputación Foral de Álava, 2004, p. 15; QUIRÓS, J.A., BENGOTXEA, B., *Arqueología III, Arqueología Medieval y Postmedieval*, Madrid, UNED, 2010, p. 377.

que civitas hace referencia no a sus piedras, sino a sus habitantes»². En nuestra opinión, materialidad y recorridos sociales son categorías que hablan de un mismo fenómeno, puesto que la morfología de la ciudad es la expresión de una sociedad, de su cultura, de su mentalidad y, a su vez, los habitantes se ven constreñidos o habilitados por ese entorno artificial³.

Ambos planos convergen así en el sistema global de la ciudad, un conjunto que abarca tanto el marco material, la corporeidad, como las prácticas que se llevan a cabo allí y que la dotan de recorridos, de significados⁴. El espacio se presenta como un soporte construido derivado de la acción humana —el espacio como resultado— que, a su vez, condiciona futuros vínculos y recorridos sociales de distinta índole —el espacio como medio—⁵. Es la dualidad que Henri Lefebvre presentaba como la ciudad (lo material) frente a lo urbano (las prácticas)⁶.

LAS «FUENTES DE LA VILLA»

Ubicación y relaciones topológicas

Pese a las evidentes diferencias climático-paisajísticas existentes entre las subregiones geográficas alavesas, el emplazamiento de las fuentes medievales presenta unas características similares, incluso cuando la densidad poblacional favorece la existencia de varios puntos de abastecimiento (Vitoria, Salvatierra, Laguardia, Salinas de Añana, Santa Cruz de Campezo o Artziniega). Se encuentran extramuros, generalmente cerca de arroyos y siempre a una cota inferior respecto al caserío cercado sobre una colina. Este patrón de asentamiento está condicionado de forma natural por la proliferación de surgencias de agua en las laderas y partes bajas de la orografía, pero también deben tenerse en cuenta otras razones como la incapacidad técnica de conducir manantiales lejanos al interior de las poblaciones o la dificultad

2. *Etimologías*, XV, 2, 1. Tomado de GONZÁLEZ MÍNGUEZ, C., *Las raíces medievales de la ciudad actual: el ejemplo de la Corona de Castilla*, Vitoria-Gasteiz, Fundación Caja Vital, 1997, p. 3.

3. Véase VIDAURRE JOFRE, J., *Ciudad y arquitecturas medievales. Morfologías imaginarias en Castilla y León. 1050-1450*, Madrid, COAM, 1990.

4. Henri Lefebvre distinguía la ciudad de lo urbano, pero también advertía de la dificultad de clasificar y aprehender una y otro, por cuanto «lo urbano es forma y receptáculo, vacío y plenitud, superobjeto y no-objeto, supra-conciencia y total de las conciencias» (LEFEBVRE, H., *La revolución urbana*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. 11).

5. SAUNDERS, P., *Social Theory and the Urban Question*, Londres, Hutchinson, 1990, p. 183; GARCÍA GARCÍA, A., «El valor de la perspectiva geográfica para el análisis de los espacios públicos urbanos», *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 55, 2011, pp. 281-301, p. 282.

6. LEFEBVRE, H., *La revolución urbana*, Alianza Editorial, Madrid, 1972, p. 11.

insalvable de hacer frente a los gastos que ocasionaría la conducción hasta el pleno desarrollo de los engranajes municipales en época finimiedieval⁷. A la altura de 1500 no hay en Álava conducciones soterradas que alimenten servicios en el interior de los núcleos y el modelo técnico omnipresente es la fuente sobre manantial⁸.

Esta forma de abastecimiento se acompaña de unas dificultades obvias⁹. La distancia aumenta la incomodidad en el servicio y las posibilidades de contaminación del agua son bastante mayores que en otros elementos dotados de conducciones cerradas y con el manantial de origen alejado de ciertas actividades como el tratamiento del lino, del cuero, la limpieza de ropas o, simplemente, el abrevado de ganados y recuas, entre otras cosas porque los niveles freáticos aprovechados están comunicados con las corrientes de agua próximas y, al afectarse mutuamente, supone un peligro. Además, siempre está el riesgo de inundación debido a las avenidas periódicas de ríos y arroyos contiguos. Por otra parte, es notoria la contradicción que se produce entre la vocación defensiva de los asentamientos villanos medievales, amurallados sobre un cerro que domina el entorno, y la presencia de las fuentes principales extramuros, por lo que en caso de conflicto armado y asedio se debería recurrir a otras fórmulas de urgencia (pozos, aljibes, etc.).

En cualquier caso, no debemos olvidar que tanto las fuentes sobre manantial como aquellas que cuentan con canalizaciones están inmersas en una realidad más amplia, la ciudad. Por ello, estos elementos participan de los cambios globales que tienen que ver con la población y su urbanismo, reflejándolos, pero a su vez también actúan como agentes activos sobre la

7. Para una aproximación a la cuestión, DÍAZ DE DURANA, J.R., PIQUERO, S., «Fiscalidad real, fiscalidad municipal y nacimiento de las haciendas provinciales en el País Vasco (siglos XIII al XV)», MENJOT, D., SÁNCHEZ, M. (eds.), *Fiscalidad de Estado y fiscalidad municipal en los reinos hispánicos medievales*, Madrid, Casa de Velázquez, 2006, pp. 53-90; GARCÍA FERNÁNDEZ, E., «La vida política y financiera de Vitoria a partir de las cuentas municipales de fines de la Edad Media», *Studia histórica, Historia Medieval*, 30, 2012, Universidad de Salamanca, pp. 99-127.

8. Las primeras conducciones se documentan en Bernedo (1529-1573), Salinas de Añana (1540), Vitoria (1499 con canalización descubierta, 1564 con arcaduzado y distribución interior) y Salvatierra (1567).

9. *Que este pueblo se halla situado en una pequeña colina con un desnivel sobre la carretera y fuente única para el abastecimiento de aguas a la localidad de más de doscientos metros, que todos subimos el agua con valdes de zinc, pendientes de un cinto y aro que descansa sobre los hombros, empleando en tiempo seco más de quince minutos por viaje y con gran dificultad, maxime en tiempos de lluvia, nieves y hielos; pues hasta los ganados se resisten por la penosa que resulta la bajada y subida de la cuesta, haciéndoles bajar muchas veces a palo y pinchazo* (tomado de PALACIOS MENDOZA, V., *Inventario de Arquitectura Rural alavesa. Llanada alavesa: Aspárrena, Salvatierra-Agurain y San Millán-Donemiliaga*, Vitoria-Gasteiz, Diputación Foral de Álava, 1998, p. 230).

fisionomía de la urbe y la organización los espacios vividos. A este respecto, algunos geógrafos, sociólogos, antropólogos, urbanistas y economistas llevan décadas analizando no sólo la naturaleza y características formales o métricas de los diferentes espacios, también las relaciones topológicas¹⁰ que se establecen entre ellos. Con cierto retraso, estas tendencias están llegando al ámbito histórico en general y al arqueológico en particular¹¹.

Algunas tendencias observan que el *movimiento natural* de las personas está determinado por la trama urbana –por ejemplo, importa más que un itinerario posea menos cambios de dirección que la distancia real entre un punto y otro– y que estudiando las propiedades configuracionales de cada espacio podemos predecir en gran medida el uso futuro¹². No llegaremos tan lejos en nuestro trabajo, pero sí vamos a utilizar algunos conceptos que han sido manejados en estudios que otorgan un gran protagonismo al espacio como agente activo. Hablaremos siempre de interacción, de relación entre lugares, de vínculos y correlaciones.

La ubicación de las fuentes en el perímetro exterior obliga a los habitantes de las villas a desplazarse para realizar su provisión de agua de boca, creando líneas de alta conectividad que coinciden con los principales viales intramuros y tienen un claro punto de control: los portales. Paradójicamente, pese a ubicarse extramuros, los servicios hídricos poseen una buena integración respecto a la trama urbana, pero depende enormemente del número de servicios y su dispersión. En caso contrario quedan áreas más segregadas o lejanas. Lo que queremos dar a entender es que el intrincado espacio intramuros de estas villas de escaso tamaño da lugar a que una fuente colocada al exterior de un portal principal, hacia el que confluyen los principales viales internos, esté relativamente «cerca» topológicamente –en cuanto a integración, conectividad, accesibilidad– de los vecinos, sobre todo de aquellos que habitan en

10. En un sentido amplio la topología se define como «la ciencia que se ocupa de las propiedades cualitativas de las figuras geométricas, en otras palabras, se interesa de las propiedades de las relaciones espaciales obviando la cuantificación de distancias y medidas» (CATTANI, M. y FIORINI, A., «Topologia: identificazione, significato e valenza nella ricerca archeologica», *Archeologia e Calcolatori*, 15, 2004, CNR, Università di Siena, pp. 317-340 (p. 317).

11. MAÑANA, P. y BLANCO R., AYÁN X.M., *Arqueotectura I: bases teórico-metodológicas para una arqueología de la Arquitectura*, Trabajos de Arqueología e Patrimonio, 25, Santiago de Compostela, 2002; BERMEJO TIRADO, J., «Leyendo los espacios: una aproximación crítica a la sintaxis espacial como herramienta de análisis arqueológico», *Arqueología de la Arquitectura*, 6, 2009, pp. 47-62.

12. HILLIER, B. et al., «Natural movement: or configuration and attraction in urban pedestrian movement», *Environment and Planning B: Planning and design*, 19, 1993, pp. 29-66, p. 32; HILLIER, B. y LIDA, S., «Network effects and psychological effects: a theory of urban movement», *5th Space Syntax Symposium*, Delft, 2005, pp. 553-564, p. 562.

los barrios más cercanos. En este sentido, una fuente situada en alguna calle o plazuela intramuros podría estar más «lejana» respecto al conjunto de los ciudadanos, al tener que atravesar más espacios intermedios para llegar a ella, pese a que se crearía un importante punto de efervescencia social interno.

También es muy importante resaltar el fuerte vínculo de fuentes, abrevaderos y lavaderos con las rutas de intercambio hacia el exterior. Los servicios sobre manantial fueron contruidos para abastecer a la población intramuros, pero lo cierto es que terminan siendo elementos de provisión especialmente integrados con los movimientos de personas y mercancías, esto es, con la proyección urbana exterior. De esta forma, las fuentes no se ubican sólo en las proximidades de un portillo o puerta secundaria que cobra sentido para el abastecimiento. Una de las fuentes principales de Arceniega se sitúa en la salida hacia el valle de Ayala, Bilbao y Vitoria. La fuente del Moro en Labraza está junto al portal sur que marca el itinerario hacia Viana y Logroño. Más claro si cabe es el caso de Santa Cruz de Campezo. La fuente extramuros al oeste de la población está en el camino hacia Vitoria. Al otro lado, en el segundo portal principal de la villa, encontramos la «fuente de la villa» junto al cruce que, hacia el norte, dirige hacia Salvatierra y San Sebastián a través del valle de Arana y, hacia el este, transita en dirección a Estella. Es innegable la relación entre las fuentes y las puertas, entendidas como nudos de apertura-cierre de la villa con el exterior.

Para entender definitivamente la correlación fuente-portal-camino falta otra variable o coincidencia topológica fundamental: la presencia de mercados. En las villas alavesas estos lugares de intercambio surgieron y se desarrollaron principalmente en la periferia de los núcleos, en espacios abiertos junto a las puertas donde confluían las rutas comerciales más importantes y donde, desde allí, se comunicaba fácilmente con el interior del núcleo (conectividad, integración) pero siempre a través de una puerta. En Vitoria, el pescado de río se vende junto a la puerta de Santa María, al norte de la ciudad, procedente del río Zadorra. En cualquier caso, el «mercado principal» de la población es el entorno de la actual plaza de la Virgen Blanca al otro lado de la villa, accediéndose directamente (permeabilidad) tras atravesar (control) el portal de Castilla, el de Barreras desde La Rioja y el Portal del Rey cara a Navarra. Las fuentes en Vitoria van a tener una presencia en la plaza del mercado continuada desde al menos el siglo XIII (y seguramente antes) hasta el siglo XX; las técnicas y formas van a ir cambiando, pero no su emplazamiento (incluso con las traídas canalizadas a partir del siglo XVI). Lo mismo ocurre en Salvatierra o Laguardia, que tienen sus servicios muy cerca del mercado de la plaza de San Juan en el primer caso y en la zona del «mercadal» en la segunda localidad, ambas en el extremo meridional de las poblaciones.

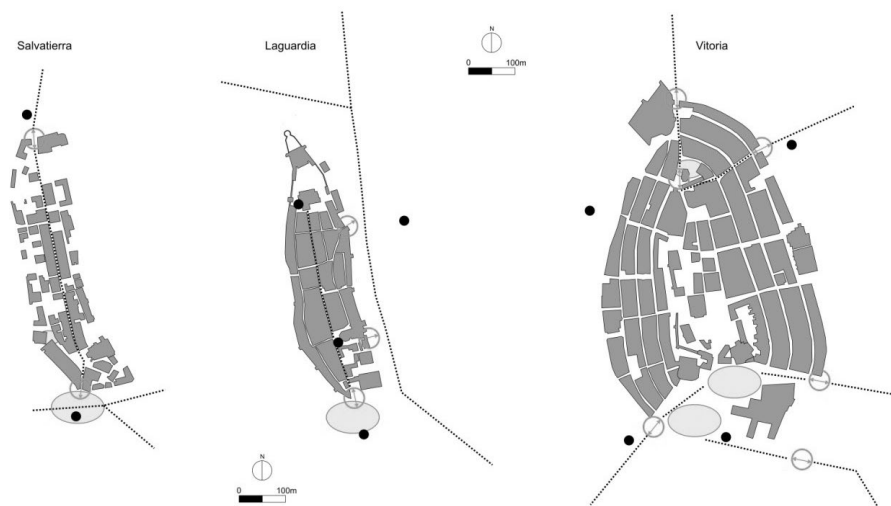


Figura 1. Correlación entre puntos de abastecimiento («fuentes de la villa»), líneas de conectividad interiores y exteriores, puntos de control (puertas) y áreas principales de mercado. Fuente: elaboración propia. Nota: en Laguardia se han tenido en cuenta los pozos de Santa María al norte y San Juan al sur, intramuros, por ser puntos importantes de abastecimiento público.

La fuente pública como hito-mojón identitario

El arquitecto Kevin Lynch, en una obra básica para el posterior despegue de la Geografía de la Percepción y, en general, de los estudios espaciales que no sólo tienen en cuenta la materialidad de las construcciones, sino también las personas que utilizan, transitan por ellos o habitan esos ambientes, definía como hitos-mojones ciertos puntos de referencia preeminentes en la ciudad que se definen así por contraste con el fondo más «frío»¹³. Son elementos destacados, pero no necesariamente por su arquitectura. Simplemente destacan sobre el resto porque así lo perciben los ciudadanos. Las fuentes, los abrevaderos y los lavaderos son referentes en toda época y lugar, y los son porque cumplen a la perfección con los tres preceptos que arman el concepto antropológico de lugar de Marc Augé: estabilidad, relación e identidad¹⁴.

Un hito referencial urbano debe ser perdurable en el tiempo, posibilitando así que los habitantes tomen costumbre, se identifiquen con él y se

13. LYNCH, K., *La imagen de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili, 2008, pp. 91-103.

14. Véase AUGÉ, M., *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la Sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa, 2000.

reconozcan a sí mismos dentro de un espacio que les es propio. Los no-lugares de Augé característicos de las sociedades actuales son todo lo contrario: espacios breves, de tránsito, anónimos, asépticos, carentes de personalidad e incapaces de otorgar identidad. En nuestro caso es evidente que las fuentes han ido evolucionando arquitectónicamente, mudando su apariencia, pero como ya hemos visto la localización no ha variado en siglos y eso permite fijar el elemento en el imaginario colectivo y en el recorrido a través del tiempo. Las fuentes de San Juan y Santa María de Salvatierra siguen en el mismo lugar desde al menos el siglo xiv y probablemente mucho antes, aunque la morfología actual data de principios del siglo xx y se vieron acompañadas por nuevos servicios ya en el interior de la población. Algo similar ocurre en Bernedo: la denominada fuente de Suso se construye intramuros en el siglo xvi y todavía hoy día se puede gozar de su presencia acompañada de un magnífico abrevadero de ganado y lavadero de paños, conjunto que fue reconstruido por última vez en 1862 bajo proyecto del arquitecto provincial Pantaleón Iradier¹⁵. Y en Peñacerrada. Y en Contrasta. Y en Santa Cruz de Campezo. Y en Laguardia. Y en Labastida. Los ejemplos son innumerables y podríamos detenernos en todas las villas alavesas. Tal vez en Vitoria la presión urbanística haya sido mayor y por ello los cambios más bruscos, especialmente en las últimas décadas, pero en todo caso la red hídrica medieval se mantuvo en funcionamiento hasta el siglo xix al menos.

Los hitos fomentan la interacción, entendiendo en esta investigación el concepto de relación en dos direcciones. Por un lado los vínculos espaciales o topológicos comentados, es decir, los necesarios lazos que forma un lugar concreto con otros de su entorno para formar un sistema que da coherencia a cada uno de ellos. Ya hemos visto que unidades espaciales como «plaza», «mercado», «portal» o «fuente» se asociaban formando conjuntos polisémicos que fomentan la vida colectiva en la ciudad. Por otro lado, los propios usos y relaciones sociales que se documentan en esos lugares y a los que vamos a dedicar en las próximas líneas. Pero antes nos vamos a ocupar de las fuentes, abrevaderos y lavaderos como foco de identidad, de pertenencia. La *Fuente de la villa* constituye un espacio público de uso necesario y cotidiano, por ello es privilegiado y gestionado desde los gobiernos locales y su arquitectura aparece, especialmente desde el siglo xv, ligada al *ornato*, *adorno*, *honor* y *bien universal* de la ciudad. Los escudos municipales son frecuentes en la coronación de las fuentes, recordando continuamente a usuarios y transeúntes el buen hacer del concejo y, lo que nos interesa en este momento, la reunión de los vecinos en torno a un servicio común que adopta así un

15. ATHA, DH 3.283-8, año 1862.

activo papel simbólico de representación urbana, en tanto que construcción y transmisión de unos valores comunes¹⁶.

En paralelo a estos sentimientos que entendemos colectivos, asumibles por toda la población, creemos que la propia ubicación del servicio incentiva una territorialización interna similar a estructuras sociales intramunicipales de tipo calle-barrio-vecindad¹⁷. Veamos. Hemos comentado que el número de manantiales de los que se nutre una villa es variable, y va a depender en buena medida del peso poblacional de la misma pero, en todos los casos documentados, independientemente de su número, existe una distribución de las fuentes en torno a la trama urbana que tiene por objetivo –al menos por lo declarado en la documentación histórica por los concejos que gestionaron las instalaciones– satisfacer las necesidades del mayor número de vecinos posible, instalando puntos de abastecimiento relativamente alejados entre sí y equitativamente repartidos por el perímetro exterior de las murallas (y excepcionalmente en el interior del casco urbano).

Todos los autores coinciden en señalar que las sociedades medievales y modernas se componen de individuos que, en razón de su nacimiento, desarrollo profesional, estatus jurídico, capacidad económica, etc. se integran en distintas colectividades que refuerzan los lazos internos a riesgo de diferenciar a los miembros de los no-miembros (casa, familia, vecindad, gremio o cofradía). Si, como estamos exponiendo, la ciudad se presenta como un conjunto cargado de identidad (colectiva), formado a partir de distintos subconjuntos (sub-identidades) que vinculan, en distintos grados, individuos¹⁸, la utilización de una fuente, un abrevadero o un lavadero, aun sin tener un reconocimiento oficial de tipo jurídico, es un mecanismo tremendamente efectivo para crear o al menos reforzar microidentidades colectivas dentro la villa.

16. ARANDA PÉREZ, F.J., «Mecanismos y fuentes de la representación del poder de las oligarquías urbanas», en ARANDA PÉREZ, F.J. (coord.), *Poderes «intermedios», poderes «interpuestos»: sociedad y oligarquías en la España moderna*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1999, pp. 147-182, p. 150.

17. Autores como Carmen Trillo ya destacaron en diversos trabajos la conexión entre mezquitas y aljibes, en este caso en ámbito andalusí: TRILLO SAN JOSÉ, M.^a C., «Aljibes y mezquitas en Madina Garnata (siglos XI-XV): significado social y espacial», en DEL SER, G., MARTÍN, I., (eds.), *Espacios de poder y formas sociales en la EM. Estudios dedicados a Ángel Barrios*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2007, pp. 315-326.

18. En palabras de Jose María Imízcoz, «la ciudad no era un conjunto de individuos sueltos, un conjunto de población urbana. Las personas estaban vinculadas unas a otras por lazos de diferente índole, organizados en formaciones colectivas de diferente naturaleza en las que se desarrollaba la vida en sociedad» (IMÍZCOZ BEUNZA, J. M.^a (Dir.), *La vida cotidiana en Vitoria en la Edad Moderna y Contemporánea*, Donostia-San Sebastián, Txertoa, 1995, p. 13).

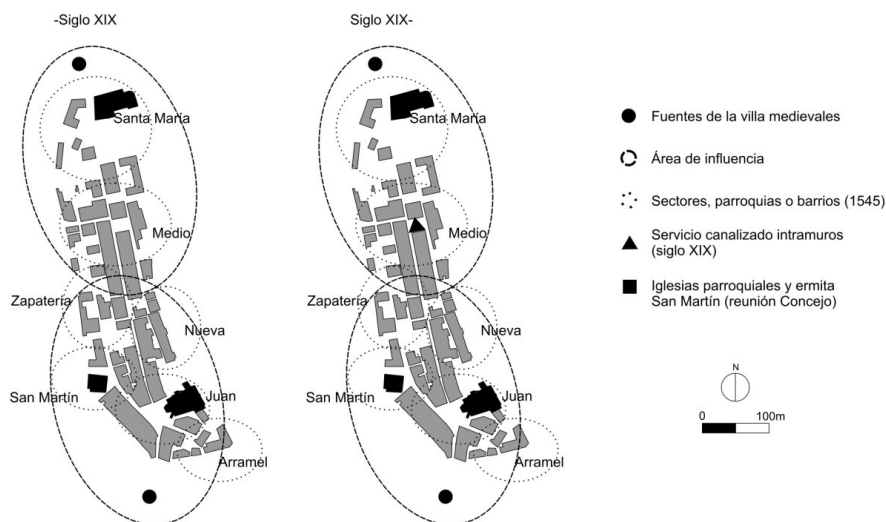


Figura 2; Mapa de distribución de los servicios de abastecimiento de agua potable en Salvatierra y su relación con las entidades administrativas inframunicipales históricas.

Fuente: elaboración propia a partir de datos de PALACIOS MENDOZA, V., *Inventario de Arquitectura Rural alavesa. Llanada alavesa: Aspárrena, Salvatierra-Agurain y San Millán / Arabako nekazal arkitekturaren inbentarioa. Arabako lautada: Asparrena, Agurain eta Donemiliaga*, Vitoria/Gasteiz, Diputación Foral de Álava, 1998, p. 398.

Vayamos a algunos ejemplos concretos. La fuente de San Juan en Salvatierra (al sur) es mayoritariamente utilizada por los habitantes del barrio del mismo nombre. Por el contrario, la fuente de Santa María (al norte) sirve esencialmente a *la parroquia y vecinos del barrio de abaxo*, como queda patente en una protesta que los mismos realizan ante el cabildo municipal en 1622 con motivo de la escasez de agua debido a una época de sequía¹⁹. Es significativo el hecho de que, cuando a comienzos del siglo xx el abastecimiento de agua entra finalmente en el casco urbano, los nuevos servicios en hierro forjado canalizados desde potentes manantiales exteriores se ubican de nuevo en los extremos de la villa, sustituyendo a las arquitecturas antiguas pero sin romper el peso de la tradición. Se instala una tercera fuente, *la de los dos caños*²⁰

19. Concretamente, se recuerda que la fuente lleva varios años con muy poco caudal, *por cuya causa la parroquia y vecinos del barrio de abaxo carecen de agua* (AMS, Libro Recuerdos 1582-1739, año 1622, fol. 179v).

20. PALACIOS MENDOZA, V., *Inventario de Arquitectura Rural alavesa. Llanada alavesa: Aspárrena, Salvatierra-Agurain y San Millán / Arabako nekazal arkitekturaren inbentarioa. Arabako lautada: Asparrena, Agurain eta Donemiliaga*, Vitoria/Gasteiz, Diputación Foral de Álava, 1998, pp. 375-376.

en la calle Mayor, en una plazuela abierta que casi podemos considerar el centro geográfico de la villa. Este espacio se englobaba en la parroquia de Medio, que suponía la divisoria entre las dos vecindades antes mencionadas (Santa María al norte y San Juan al sur), precisamente hacia donde miran cada uno de los caños.

De igual modo, cuando en 1532 el cauce del río que corre junto a la fuente de Aldabe en Vitoria está tan crecido que contamina el manantial, son los habitantes de *los aldabes, zapatería y herrería* (los barrios y calles aldeañas) los que elevan la protesta al ayuntamiento, argumentando que es un servicio muy importante, sobre todo *para los vecinos comarcanos*²¹. Antes de la aparición de nuevos servicios canalizados al interior de la ciudad, los puntos de servicio se distribuyen junto a los principales portales para acercarlos en la medida de lo posible al vecindario y racionalizar el reparto, y las gentes responden haciendo suyo el manantial, cuidando de él, tomándolo como un símbolo más de identidad en el micromundo de la calle, barrio o parroquia frente a los otros. Incluso en el ejercicio profesional del abasto del agua –sólo lo hemos detectado muy puntualmente en Vitoria– se admite una cierta descentralización dentro de los límites de salubridad que establece el concejo. En Vitoria, los aguadores pueden llenar sus cargas *de las fuentes de la plaza e de Urbina e de Aldave*²².

La correlación entre estructuras identitarias infralocales y puntos de abastecimiento de agua potable es notoria también en los arrabales, que cuentan con sus propios centros de provisión habituales. En Salvatierra encontramos la fuente de Apategui para las Eras de San Juan, La Magdalena en el lado oriental y la fuente de Ugarte, que se cita como *termino de la villa*²³. Siempre aparecen diferenciadas respecto a las *fuentes principales de la villa* (San Juan y Santa María) que son especialmente reconocidas para los vecinos de las calles intramuros. En Vitoria es también muy claro y aparece referido en las ordenanzas de 1487. La *f fuente Vieja*, ubicada junto al portal de Santa Clara, La Magdalena o La Alcabala es el servicio más cercano al *rabal del mercado* y el concejo vitoriano considera que a sus vecinos corresponde, si no la titularidad y los costes de construcción y reparaciones, sí la responsabilidad de su gestión cotidiana, al citar expresamente que son ellos los que deben velar por la calidad higiénica de las aguas, evitando que nadie lave inmundicias en la fuente²⁴.

21. AMV, Libro Decretos 1529-1536, año 1532, fol. 113v.

22. AMV, Libro Decretos 1506-1509, octubre 1507, fol. 499.

23. AMS, Libro Cuentas, 1600-1601, fol. 23.

24. AMV, secc. 17, sig. 13, num 6, año 1487. Sin embargo, las obras son costeadas desde el cabildo.

PODER, SOCIABILIDAD Y PERCEPCIÓN

Políticas concejiles

Además de construir, reparar y mantener las fuentes, los gobiernos locales van a servirse de su capacidad política para gestionar y tutelar el correcto funcionamiento de las mismas, legislando al respecto y dirimiendo los problemas surgidos entre los vecinos usuarios. Esta monopolización de los mecanismos de control sobre el agua en nombre del conjunto debe ser interpretada también como una potente herramienta de imagen, más velada tal vez que la visión del escudo municipal en lo alto de la fuente pero igual de efectiva. La fuente, el abrevadero, el lavadero –como otras infraestructuras públicas– se convierten así en un reflejo del poder político municipal, de su buen hacer como gobernante y, en definitiva, un elemento legitimador de la acción de las oligarquías municipales²⁵.

El cabildo es el depositario de todas las garantías, erigiéndose en gran hermano indispensable. Los habitantes por su parte ceden consciente o inconscientemente el papel director a unos dirigentes que, desde la Baja Edad Media, justifican su presencia en el Buen Gobierno y en la prosperidad de la ciudad, identificada con el bienestar de los habitantes y la belleza-prestigio del lugar. No nos resistimos a repetir un breve párrafo del profesor de Antropología Cris Shore quien, a pesar de referirse a los tiempos actuales, acierta de lleno en su particular visión sobre las políticas públicas:

Como los mitos, las políticas públicas ofrecen narrativas retóricas que sirven para justificar –o condenar– el presente, y algo más usual, para legitimar a quienes están en posiciones de autoridad establecidas. Como los mitos, las políticas a su vez proveen de medios para unificar el pasado y el presente, de tal manera que otorguen coherencia, orden y certeza a las acciones a menudo incoherentes, desorganizadas e inciertas del gobierno. Finalmente, como los mitos, las políticas también proveen una zona de

25. Para Juan Carlos Martín Cea, las decisiones municipales en torno al abastecimiento de agua, incluyendo algunas que afectan más a las costumbres culturales y que se suelen considerar de segundo orden, «pueden resultar más esclarecedoras incluso que los grandes ordenamientos [...] por cuanto revelan con más nitidez la complejidad que a menudo subyace tras la toma de decisiones políticas» («La política municipal sobre el agua en los concejos de la cuenca del Duero a fines de la Edad Media», VAL VALDIVIESO, M.^a I. DEL (coord.), *Usos sociales del agua en las ciudades hispánicas a fines de la Edad Media*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2002, pp. 43-87 (p. 47). También en este sentido OLIVA HERRER, H. R., «Gestión del agua, economía agraria y relaciones de poder en Tierra de Campos a fines del medievo», *Historia agraria*, 30, 2003, SEHA, Universidad de Murcia, pp. 11-29; OLIVA HERRER, H.R., «L'eau et le pouvoir dans les villes castillanes à la fin du Moyen Âge. Palencia, un exemple de concurrence de pouvoirs», *Histoire urbaine*, 22, 2008, Société Française d'Histoire Urbaine, pp. 59-75.

alianza, una manera de unir a la gente en pro de una meta o finalidad común y un mecanismo para definir y mantener las fronteras simbólicas que nos separan a nosotros de ellos²⁶.

Poder, sociedad y asimetrías

Entendemos la sociabilidad como las relaciones que tejen una sociedad, vínculos todos ellos que tienen una base biológica —la aptitud del ser humano para vivir en grupo— y que se conforman a través de la propia existencia de cada individuo dentro de una comunidad. No hay persona sin sociedad, ni sociedad sin sociabilidades. Y hablamos de sociabilidades en plural porque éstas forman evidentemente parte de la vida cotidiana, pero no son únicamente horizontales, informales, espontáneas y anecdóticas, como algunos trabajos históricos parecen dar a entender. En nuestra opinión, las relaciones sociales son casi siempre relaciones de poder, pero ante la incapacidad de analizar en un texto asumible todos los mecanismos que rigen una sociedad vamos a ocuparnos de varios agentes importantes que dan significado a las diferentes formas de vivir las fuentes. Por una parte está el papel del concejo como demiurgo normativizador de la higiene, la salubridad y las costumbres morales. Especialmente relacionada con estas últimas encontramos también la presencia protagonista de la mujer en estos espacios y todo lo que eso conlleva en términos de interacción sexual y genérica.

Existe desde luego espacio para la acción ciudadana indisciplinada, es decir, existen unas formas de relación entre diferentes individuos que, aunque insertas de manera global en los sistemas de poder, quedan en algunas ocasiones al margen de la esfera normativa, y precisamente por ello las conocemos. Una de las características propias del fenómeno urbano frente al tempo rural es la mayor complejidad de la vida social. Si las fuentes, abrevaderos y lavaderos lograron erigirse en referencias identitarias del paisaje urbano es porque fueron, como las calles, las plazas y, en general, el «vacío» entre las casas, elementos centrales en la efervescencia social, focos de interacción entre vecinos. Por ello, son un laboratorio apropiado para tratar de captar los lazos que se establecen entre las personas, tanto las relaciones más abiertas

26. SHORE, C., «La Antropología y el estudio de la Política Pública: reflexiones sobre la formulación de las políticas», *Antipoda*, 10, 2010, Universidad de los Andes, Bogotá, pp. 21-49, p. 32. Para profundizar más sobre la cuestión recomendamos SHORE, C. y WRIGHT, S., «Policy. A new field of anthropology», en SHORE, C., WRIGHT, S. (eds.), *Anthropology of policy. Critical perspectives on Governance and Power*, Londres, Routledge, 1997, pp. 3-39.

(la *comunitas* de Arnold Van Gennep o Victor Turner²⁷) que acercan a los individuos como aquellas otras más cerradas y verticales, profundamente jerarquizadas. A fin de cuentas, en la ciudad, el manto jurídico común o la mayor proximidad física de los habitantes no se traduce en formas sociales igualitarias.

En definitiva, la creación, la jerarquización, incluso la forma en que se viven los distintos espacios urbanos están embebidos de construcciones sociales de poder y relaciones asimétricas de igualdad-desigualdad basadas en el estatus socioeconómico, político o en el hecho de ser hombre o mujer. Nos vamos a centrar en las cuestiones de género, en los espacios donde se expresan estas relaciones y, a su vez, teniendo en cuenta que estos lugares actúan como potenciadores o limitadores de esas relaciones asimétricas²⁸. El hecho de ser hombre o mujer va a ser determinante para transitar, ocupar, utilizar o vivir el agua en general y los servicios de abastecimiento de agua en particular, siempre bajo unos criterios de asignación o exclusión que escapan al control de los usuarios. Para captar esas diferencias basadas en el género debemos relacionar la presencia-ausencia de la mujer con otras variables importantes como el concepto de público y privado, la funcionalidad, la percepción social de ese espacio, la visibilidad, etc.

HOMBRES, MUJERES, HOMBRES Y MUJERES EN LAS FUENTES

El viajero inglés Frederick Hardman retrataba así plaza principal de Vitoria en 1835:

La fuente [...] es punto de cita matinal de innumerables criadas o muchachas de servicio y otras mujeres de clase baja que, después de llenar sus vasijas de madera o barro, se permiten unos pocos minutos de tertulia y cotilleo en torno al borde de piedra de la fuente. Los aldeanos de las provincias vecinas van a Vitoria [...] se sitúan junto a la fuente e intentan hacer alarde de galantería, piropeando a las pechugonas aguadoras [...] Algunos soldados de paseo, arrieros de paso, artesanos que corren a su trabajo, todo tipo de gente baja concurre allí para decir algo bonito a las mozas, las cuales, después de recibir su ración de cumplidos y admiración, se alejan a pasitos cortos con

27. Véanse VAN GENNEP, A., *Los ritos de paso*, Madrid, Taurus, (1909) 1986; TURNER, V., *El Proceso Ritual. Estructura y antiestructura*, Madrid, Taurus, (1969) 1988.

28. Teresa del Valle define como espacio genérico aquel que está directa o indirectamente configurado por la construcción sexuada de una cultura (DEL VALLE, T., *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la Antropología*, Madrid, Cátedra, Universitat de València, Instituto de la Mujer, 1997, p. 16).

sus vasijas llenas de agua fresca en equilibrio sobre la cabeza, dejando el sitio a otras que tal²⁹.

La cita está cargada de matices antropológicos, y nos da pie a comentar una realidad que no por obvia debemos olvidar. Existen determinados espacios hídricos que guardan una estrecha relación con las mujeres. Existen de hecho algunos lugares que son considerados propios de mujeres³⁰. Si hace ya unos años Antonio Collantes de Terán reconocía que el trabajo de las mujeres era difícil de rastrear en la documentación al estar oculto en el anonimato³¹, en las últimas décadas han aumentado exponencialmente los estudios que tratan de recuperar desde el olvido el papel femenino, analizando los espacios hídricos y las actividades que en ellos se desarrollan desde una perspectiva de género, al amparo de enfoques feministas reivindicativos y de la revisión de la Historia desde la historia de las mujeres. La tendencia predominante en ellos ha sido la de considerar el trabajo –asalariado, especializado, organizado, visible, reconocido socialmente– un coto privativo del hombre y opuesto a las labores domésticas no remuneradas, no reconocidas, familiares y consustanciales a la supuesta «naturaleza» femenina³².

-
29. Tomado en MANZANOS ARREAL, P., «Sociabilidades populares en Vitoria en el siglo XVIII. Espacios femeninos y masculinos», en BAZÁN, I. (dir.), *VII Jornadas de Historia Local: Espacios de Sociabilidad en Euskal Herria, Vasconia. Cuadernos de Historia-Geografía*, 33, 2003, Donostia-San Sebastián, Eusko Ikaskuntza, pp. 267-282.
30. SEGURA GRAÍÑO, C., «Los oficios del agua», en VAL VALDIVIESO, M.^a I. DEL (coord.), *Vivir del agua en las ciudades medievales*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2006, pp. 11-24; VAL VALDIVIESO, M.^a I. DEL, «Las mujeres y los baños en los fueros de la Castilla medieval», en DÍAZ, P., FRANCO, G., FUENTE, M.^a J. (eds.), *Impulsando la Historia desde la Historia de las mujeres. La estela de Cristina Segura*, Huelva, Universidad de Huelva, 2012, pp. 221-228.
31. COLLANTES DE TERÁN, A., «La vida cotidiana en el ámbito de las relaciones laborales artesanas», en AGUILERA CASTRO, M.^a C. (coord.), *Vida cotidiana en la España medieval, actas del VI Curso de Cultura medieval celebrado en Aguilar de Campoo (Palencia) del 26 al 30 septiembre de 1994*, Fundación Santa María la Real, Centro de Estudios del Románico, 1998.
32. Entre otras muchas obras, NASH, M., «Desde la invisibilidad a la presencia de la mujer en la historia. Corrientes historiográficas y marcos conceptuales de la Nueva Historia de la mujer», *Nuevas perspectivas sobre la mujer. Actas de las Primeras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, vol. 1, 1982, pp. 18-37; CAPEL MARTÍNEZ, R. M.^a (coord.), *Mujer y sociedad en España, 1700-1975*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1986; HANAWALT, B. (ed.), *Women and Work in Preindustrial Europe*, Bloomington, Indiana University Press, 1986; AMELANG, J.S. y NASH, M. (eds.), *Historia y género: Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990; ANDERSON, B.Z. y ZINSSER, J. P., *Historia de las mujeres, una historia propia*, Barcelona, Crítica, 1991; BIRRIEL SALCEDO, M., (dir.), *Nuevas preguntas, nuevas miradas. Fuentes y documentación para la historia de las mujeres*, Granada, Universidad de Granada, 1992; KING, M., *Mujeres renacentistas: la búsqueda de un espacio*, Madrid,

Análisis recientes matizan esta visión quizás excesivamente dual: por un lado, en el periodo histórico que nos ocupa el ámbito «doméstico» y el «laboral» coinciden en muchas ocasiones, por ejemplo bajo el mismo techo de la casa-taller-tienda-huerta. Dicho de otra forma, no siempre es fácil distinguir y desligar las esferas pública y privada y asignar de forma maniquea la primera a los hombres y la segunda a las mujeres, porque unos y otros también juegan sus roles en campo contrario, esto es, los hombres no se abandonan en las casas y las mujeres ocupan y transitan por plazas y calles. Lo interesante es analizar de qué forma lo hacen. Por otro lado, se debe incluir en el debate la variable clase o estatus socioeconómico, puesto que si bien son las mujeres quienes habitan de forma mayoritaria las fuentes y los lavaderos, no todas ellas acuden diariamente a este tipo de espacios, entre otras cosas porque algunas elites tienen la capacidad de disponer a su servicio —de forma remunerada o no— a otras personas que lo hagan³³.

Adoptando sin ambages los matices expuestos anteriormente y centrándonos en el caso de las fuentes, proponemos considerar el trabajo femenino de forma holística y teniendo en cuenta la gran variedad de situaciones y

Alianza, 1993; BORDERÍAS, C., CARRASCO, C., ALEMANY, C. (comps.), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*, Barcelona, Icaria-Fuhem, 1994; DUBY, G. y PERROT, M. (dirs.), *Historia de las mujeres en Occidente*, 5 vols., Madrid, Taurus, 1994; BALLARÍN, P., BIRRIEL, M., MARTÍNEZ, C., ORTIZ, T., «La mujeres en la historia de Europa», *Las mujeres en Europa: convergencias y diversidades*, Universidad de Granada, Granada, 2000, en línea (www.helsinki.fi/science/xantippa/wee/wee1.html).

33. Para profundizar más, BALLARÍN, P. y MARTÍNEZ, C. (eds.), *Del Patio a la Plaza. Las Mujeres en las sociedades mediterráneas*, Granada, Universidad de Granada, 1995; RAMOS, M. D. y VERA, M. T., *El trabajo de las mujeres. Pasado y presente: actas del Congreso Internacional del Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 1996; SEGURA GRAÍÑO, C., «Actividades remuneradas y no remuneradas de las mujeres en la Edad Media hispana», *Aragón en la Edad Media: rentas, producción y consumo en España en la Baja Edad Media*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2001, pp. 109-120; FALCÓ MARTÍN, R., *La arqueología del género: espacios de mujeres, mujeres con espacio*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003; SEGURA GRAÍÑO, C., «Historia, historia de las mujeres, historia social», *Gerónimo de Ustariz*, 21, 2005, pp. 9-22; SANTO TOMÁS, M. et al. (coords.), *Vivir siendo mujer a través de la Historia*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2005; SEGURA GRAÍÑO, C., «El trabajo de las mujeres en las sociedades preindustriales», en MÉNDEZ VÁZQUEZ, J. (coord.), *Maternidad, familia y trabajo: de la invisibilidad histórica de las mujeres a la igualdad contemporánea*, Fundación Sánchez Albornoz, Ávila, 2007, pp. 147-161; ADOVASIO, J.M., SOFFER, O., PAGE, J., *El sexo invisible. Una nueva mirada a la historia de las mujeres*, Barcelona, Lumen, 2008; VAL VALDIVIESO, M.^a I. DEL, «Los espacios del trabajo femenino en la Castilla del siglo xv», *Studia historica, Historia Medieval*, 26, 2008, Universidad de Salamanca, pp. 63-90; SEGURA, C., VAL, M.^a I. DEL, «Las mujeres y el poder», en PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, P., *Entre dos orillas: las mujeres en la historia de España y América Latina*, Barcelona, Icaria, 2012, pp. 223-138.

contradiciones que se plantean. Hemos documentado con relativa frecuencia la presencia de mujeres en el mantenimiento e incluso construcción de las arquitecturas de fuentes, abrevaderos y lavaderos junto a maestros, oficiales y peones. Su presencia está probada en un ámbito que podría identificarse como exclusivo del hombre, pero lo importante es definir la naturaleza de la misma: es entonces cuando encontramos que, además de minoritaria, su presencia se limita muchas veces a ser una colaboración laboral relacionada con el cabeza de familia (maestro u oficial cantero, carpintero o fontanero), que las labores que desarrollan son auxiliares y de provisión (transporte limitado de materiales de construcción, preparación de argamasas bajo supervisión del maestro o, directamente, «*recados*» para los especialistas) y que, en general, su estatus sociolaboral es un limbo en el que no cabe una definición precisa, ni siquiera como peón, y es manifiestamente inferior al masculino, cuestión que se refleja, entre otras cosas, en los salarios más bajos que reciben.

Si incidimos en el aprovisionamiento de agua para el hogar, labor que junto con otras muchas que se desarrollan en la unidad familiar (cuidado de los hijos, ancianos y enfermos, provisión de comida, vestido, fuego, limpieza, etc.) consideramos un trabajo porque proporciona un beneficio a los miembros que forman parte del núcleo doméstico, encontramos que, cuando es desarrollado por mujeres, no deriva en una identidad laboral, asociación o reglamentación de la actividad, no genera una profesión reconocida y visible y, frecuentemente, no está remunerada, algo que sí ocurre en el caso de los hombres³⁴.

Al menos en Vitoria –únicamente en Vitoria, si nos ceñimos estrictamente a las referencias documentales que obran en nuestro poder– existen *aguaderos* en la Baja Edad Media. Las noticias son escasas y no nos permiten hablar de una potente organización gremial, pero desde luego parece que existe una cierta idea de grupo profesional y una reglamentación de la

34. En palabras de María Isabel del Val, «la tendencia dominante suele entender por trabajo aquella práctica a cambio de la cual la persona que lo realiza recibe una compensación valorable en términos económicos. Pero no hay que perder de vista que no todo trabajo recibe remuneración y, sobre todo, que una gran parte del femenino es no-remunerado, en cuanto que se realiza en el propio ámbito doméstico, y, o bien se consume directamente en el mismo, con lo que no hay ganancia materializable en términos contables; o bien sale al mercado a través de la acción del cabeza de familia, y titular del taller o de la explotación campesina, con lo que los ingresos devengados son atribuidos al varón. De esta forma, si consideráramos “trabajo” sólo a lo señalado en primer lugar, la presencia de las mujeres en el ámbito laboral sería mucho menor que si englobamos en ese concepto también las labores realizadas en el ámbito doméstico» (VAL VALDIVIESO, M.^a I. DEL, «Los espacios del trabajo femenino en la Castilla del siglo XV», *Studia historica, Historia Medieval*, 2008, 26, Universidad de Salamanca, pp. 63-90, pp. 73-74).

actividad, por parte del concejo principalmente. En las Ordenanzas de 1487 se prohíbe *traer agua el día de domingo* por ser descanso obligado de buen cristiano³⁵. Por esas fechas se recogen en las Actas Municipales varios acuerdos con el colectivo, que se limitan a recomendar *llevar agua de las fuentes de la plaza e de Urbina e de Aldave*³⁶ por cuestiones de calidad de agua y de operatividad. Por el contrario, no hemos encontrado reglamentación de funcionamiento interno o tasación de precios.

En la segunda década del siglo XVI los aguadores desaparecen de la documentación y, aunque no podemos explicar de forma rotunda esta repentina ausencia, creemos que concurren varios factores: en primer lugar, la escasa entidad grupal, organización interna y mecanismos de presión de los aguadores «medievales»; en segundo lugar, las modestas dimensiones de la ciudad y la existencia de una extensa red de puntos de servicio cercanos; finalmente, la instalación a mediados de siglo de las primeras canalizaciones de agua potable al interior de las murallas, que acercarían todavía más el servicio a las casas y condicionarían negativamente la existencia de personas que se ganan la vida transportando el preciado líquido.

En sintonía, Juan Carlos Martín Cea afirmaba que el oficio de aguador tenía un escaso impacto en las localidades de la cuenca del Duero que analizaba³⁷, caseríos que, en general, están bien surtidos de agua por fuentes cercanas, mientras que en ciudades donde el abasto parece más lejano e incluso difícil por las propias condiciones climáticas, la presencia de profesionales es mayor. Así ocurre en el ámbito musulmán³⁸ y se mantiene a lo largo del tiempo en lugares como Zaragoza, donde el abasto se realiza desde el Ebro o desde manantiales y regaderas lejanas. Allí existen aguadores agremiados desde la Edad Media hasta el siglo XX³⁹. No obstante, la profesionalización

35. AMV, secc. 17, sig. 13, num. 6, año 1487.

36. AMV, Libro Decretos 1506-1509, año 1507, fol. 499.

37. Sólo aparecen citados en las ordenanzas de Avila de 1487, donde se regula la capacidad de sus cántaros (seis azumbres por cada unidad) y el precio de venta de la carga de agua (un maravedí por 24 azumbres, lo que viene a ser una cantidad casi insignificante). MARTÍN CEA, J. C., «La política municipal sobre el agua en los concejos de la cuenca del Duero a fines de la Edad Media», en VAL VALDIVIESO, M.^ª I. DEL (coord.), *Usos sociales del agua en las ciudades hispánicas a fines de la Edad Media*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, pp. 43-87, p. 74.

38. Son habituales en los grandes centros urbanos y se denominan *sakka*. Véase ABDERRAHMAN, C., LÓPEZ, M., *El enigma del agua en Al-Andalus*, Barcelona, Lunwerk, 1994.

39. María Isabel Falcón recupera un pregón de enero de 1450 en el que se establece el precio al que pueden vender el agua los aguadores, *...por proveyr a la deigualdat e desordenança que se faze de present en el vender de el agua...* Este precio va a variar dependiendo de si el reparto se efectúa al núcleo intramuros o a diversos arrabales periféricos (FALCÓN PÉREZ, M.^ª I., «Abastecimiento de agua limpia y evacuación de aguas residuales

no va acompañada de una aceptación o reconocimiento: es un trabajo duro, mal remunerado y mal visto socialmente. Humboldt afirmaba que oriundos de Galicia procuraban agua en muchas ciudades de España, motivo por el cual *se vuelven toscos y obtusos por este trabajo monótono y puramente corporal, y los aguadores gallegos son muy a menudo el blanco del chiste popular*⁴⁰.

Para ser exactos, estas prácticas no desaparecieron en el siglo XVI, pero el trabajo de acarrear agua en las villas alavesas recayó exclusivamente en las mujeres, tal y como recuerda una noticia de 1590 en Vitoria: *...porque en la dicha ciudad no ay aguadores como en otras partes de estos rreynos sino que cada uno se sirve de sus mujeres, hijas o criadas para el dicho efeto...*⁴¹. A partir de entonces, *mozas, mujeres y criadas* son los colectivos que aparecen ligados al acarreo de agua con cántaros⁴². La diferencia estriba en que la provisión de agua, como el lavado de ropas, se va a insertar definitivamente en el ambiguo conjunto de las labores domésticas no remuneradas ejercidas por las mujeres y mozas de la casa, salvo en el caso de las criadas que operaban en casas ajenas, recibiendo manutención y poco más a cambio de numerosos quehaceres entre los que se encuentra *el conducir agua y executar otras cosas*⁴³. El futuro para muchas de estas mozas provenientes de los estratos socioeconómicos más bajos no suele ser grato: el 13 de noviembre de 1705, el alguacil mayor y mayordomo del Hospital de Santiago en Vitoria pide permiso al concejo para que admita en la institución benéfica a una *mujer que conduce agua y executa otras cosas para diferentes casas* por hallarse gravemente enferma y no tener recursos económicos y lazos familiares en los que apoyarse⁴⁴.

Es una paradoja que las mujeres de la casa se desplacen y ocupen los espacios más centrales, dinámicos y efervescentes de la ciudad para cumplir con el abastecimiento doméstico. No se puede por tanto generalizar afirmando que los roles genéricos otorgan a la mujer exclusivamente protagonismo en el ámbito doméstico cerrado, privado, invisible, mientras que el

en Zaragoza en la Edad Media», en VAL VALDIVIESO, M.^a I. DEL (coord.), *Usos sociales del agua en las ciudades hispánicas a fines de la Edad Media*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, pp. 273-297 (p. 295).

40. VON HUMBOLDT, W., *Los Vascos*, Donostia-San Sebastián, Roger, (1889) 1998, p. 31.

41. AMV, secc. 3, leg. 19, num. 14, año 1590.

42. Las referencias son numerosas. Entre otras, *...ni nengun mozo se llegue ni esté en ninguna fuente con las mozas que traen agua...* (AMV, Libro Decretos 1542-1549, año 1555, fol. 244; *...que se arregle el caño de la fuente para favor de las criadas que traen el agua a las casas* (AMV, Libro Decretos 1775-1776, 18 enero año 1775, s/f).

43. AMV, Libro Decretos 1775-1776, 18 enero 1775, s/f.

44. AMV, Libro Decretos 1705-1710, 13 noviembre 1705, s/f).



Figura 3; Fotografías costumbristas de finales del siglo XIX y principios de la centuria siguiente. Fuente: Archivo Municipal de Vitoria-Gasteiz.

medio público de poder está únicamente ocupado por hombres, salvo algunas excepciones de carácter asistencial o representativo siempre asociadas a estratos sociales altos. No es menos cierto sin embargo que esta conquista del espacio público es puntual y deriva precisamente de la necesidad de realizar ciertas labores propias del ámbito doméstico, como si la casa proyectara una larga sombra la fuente, el abrevadero o el lavadero.

Sea como fuere, los puntos de servicio hídrico —como el horno, las tiendas, el mercado, etc.— se convierten en áreas de contacto, de relaciones, de comunicación viva entre las mujeres de una vecindad, proporcionando una vía de escape al secuestro doméstico de la mujer. No son vínculos organizados al modo de las solidaridades formales masculinas presentes en las cofradías y hermandades religiosas, asistenciales y profesionales, pero sí permiten al menos *unos pocos minutos de tertulia y cotilleo en torno al borde de piedra de la fuente*⁴⁵. Muchos de los mentideros de las villas están asociados a estos espacios, que también frecuentan hombres. Es decir, además de ser lugares de interacción entre mujeres, también lo son entre hombres y mujeres: ... *todo tipo de gente baja concurre allí para decir algo bonito a las mozas, las cuales, después de recibir su ración de cumplidos y admiración, se alejan a pasitos cortos con sus vasijas llenas de agua fresca en equilibrio sobre la cabeza, dejando el sitio a otras que tal*⁴⁶.

45. MANZANOS ARREAL, P., «Sociabilidades populares en Vitoria en el siglo XVIII. Espacios femeninos y masculinos», en BAZÁN, I. (dir.), *VII Jornadas de Historia Local: Espacios de Sociabilidad en Euskal Herria, Vasconia. Cuadernos de Historia-Geografía*, 33, 2003, Donostia-San Sebastián, Eusko Ikaskuntza, pp. 267-282.

46. *Ibidem*.

Es entonces cuando entrarán en juego los intentos de control por parte de las autoridades municipales. Los grupos dirigentes van a buscar imponer una diversión pública honesta e inocente, en contraposición con la que inventa el pueblo. El control social, en este caso, está relacionado con la orientación del comportamiento y la supervisión de las costumbres, la moral, las prácticas y las sociabilidades cotidianas de los sectores populares. La base del problema, como vamos a ver a continuación, era que las transgresiones de índole moral podían afectar negativamente al mantenimiento de la estructura política y el orden social.

Y es que la salud pública también tiene un componente moral, es decir, la belleza y salubridad de las fuentes, abrevaderos y lavaderos bajomedievales y modernos preocupan tanto como los comportamientos en estos nudos – públicos– de interacción social. Nos referimos a que los seres humanos no sólo transitamos o utilizamos un lugar, sino que elaboramos un sentido cultural de ese espacio a base de categorizaciones y acciones simbólicas propias o ajenas que, en todo caso, van a moldear nuestro comportamiento respecto a ese lugar⁴⁷. Siguiendo algunos estudios sociológicos o geográficos, queremos incorporar al estudio formal de un lugar, espacio o territorio un componente subjetivo que para Tim Unwin es «la carga emotiva, estética y simbólica»⁴⁸ de ese lugar y para Milton Santos consiste en «la vida que anima» los objetos localizados fruto de la interacción entre hombre y naturaleza⁴⁹.

Debemos dejar bien claro que estas percepciones del espacio parten mayoritariamente de arriba, de las elites gobernantes, quienes tratan de conducir al cuerpo de la *res publica* hacia una concepción –su concepción– de las buenas costumbres que, como se demuestra de nuevo en las repetidas prohibiciones poco exitosas, le es ajena en buena medida al grueso de la población. Tabernas, casas de conversación, juegos y trucos, posadas o molinos son lugares idóneos para fomentar malos hábitos *ajenos a Dios Nuestro Señor* y, sobre todo, *que generan discordias en los pueblos*. Los ambientes peligrosos lo son en la medida en que son susceptibles de generar la ruptura de las reglas de convivencia, el desorden social y, por tanto, las formas de sociabilidad controlada⁵⁰.

47. Lo que Edmund Leach denomina topofobias y topofilias (LEACH, E., *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 12-13).

48. UNWIN T., *El lugar de la Geografía*, Madrid, Cátedra, 1995, p. 18.

49. SANTOS M., *La naturaleza del espacio: Técnica y tiempo. Razón y emoción*, Barcelona, Ariel, 2000, p. 86.

50. «El alimento básico de cualquier sociedad pasaba por el mantenimiento de unas pautas o hábitos de sociabilidad donde los elementos perjudiciales se eliminasen de raíz. El objetivo perseguido, una sociedad civilizada o virtuosa, patricia para más señas, se presenta

También las fuentes, abrevaderos y lavaderos poseen su cuota de peligro social. Esa sensación, que se va paulatinamente transmitiendo a la definición del espacio primero y, más tarde, a la propia vivencia subjetiva por parte de los distintos agentes sociales que lo utilizan, deriva por una parte de la ya señalada presencia de la mujer en estos lugares públicos –incluso notorios– de la ciudad, muy alejados de la privacidad de la casa a pesar de ser considerados extensiones necesarias del rol femenino protagonista de las tareas domésticas. Y, por otra parte y sobre todo, emana de la posibilidad de interacción entre sexos al margen de los convencionalismos y pautas señaladas desde el poder. Como resultado de todo ello, estos espacios de servicio pueden producir grietas en el orden moral si no se activan los debidos mecanismos correctores. Un ejemplo final que recoge a la perfección todo lo que venimos comentando, si bien se refiere a una época muy avanzada. En Labastida existió una fuente en el barrio de El Olmo con un pozo anexo para las coladas. En el Libro de Acuerdos hallamos una noticia de 1733 aludiendo a que las mozas realizan la colada de rodillas o, en cualquier caso, inclinadas, hecho que debía constituir todo un espectáculo para el público masculino. Tras las correspondientes deliberaciones municipales se decide actuar, pero no aliviando la difícil postura de las usuarias, sino *echando una valla delante de el pozo*. Queda patente que la comodidad de las usuarias no es la cuestión primordial, sino más bien *la indecencia que dichas mujeres tienen a causa de la mala disposición del dicho pozo...*⁵¹. Al parecer, la difícil postura de las lavanderas provocaba el ensimismamiento unas veces y actitudes groseras otras de jóvenes y mayores que transitaban por las cercanías.

como un elemento común en la mayoría de las teorías sobre lo urbano y las sociedades urbanas creadas desde la antigüedad clásica» (ANGULO MORALES, A., «A la búsqueda de una sociabilidad ordenada en las ciudades vascas de la Edad Moderna», en BAZÁN, I. (dir.), *VII Jornadas de Historia Local: Espacios de Sociabilidad en Euskal Herria, Vasconia. Cuadernos de Historia-Geografía*, 2003, 33, Eusko Ikaskuntza, pp. 371-386, p. 371).

51. AML, Libro Acuerdos 1728-1734, año 1733, fol. 276v.

